

Baito Sarkiss

ESP-4090

La Profesora Rojas de-Massei

12 de febrero de 2024

La gran vendimia

En el aplastante calor que hacía aquel verano, vivíamos más temprano en la oscuridad madrugando que arriesgándonos a morir en el sol. Eran las cuatro de la mañana al salir de la casa y el nivel de humedad ya era lo suficientemente alto como para hacerte sentir como si no te hubieras duchado sólo cinco minutos antes. Víctor y yo desayunábamos juntos antes de destapar la cinta transportadora, ponernos los guantes de cuero agrietado, y conducir por esa pista estrecha hacia las interminables hileras de uvas que cultivaban la bebida de elección que nosotros como seres humanos de alguna manera nos parece gustar tanto. No sabía cómo hablar en español sino unas palabras cortas en aquella época, pero no importaba. El silencio y la preservación de cada minuto de energía que se podía usar al trabajar era lo que nos preocupaba. El silencio era dado por hecho hasta que las ordenes comenzaran en cuanto aquella cinta transportadora se encendía.

Luego que nos pegaba el sol, una mitad de los trabajadores se retiraba a la sombra, y se recuperaba con agua fresca. La otra mitad luchaba el calor y seguía cortando racimos de uvas hilera tras hilera. Yo llevaba mucho en aquellas hileras, cortando con Víctor. Me acuerdo un día cuando tenía trece, me puse enfermo con la gripe y fui a las hileras con los demás sin importarme un carajo y trabajé hasta que me caí al suelo en el calor. Lo único que existía con certeza en un procedimiento dinámico como una vendimia, era un almuerzo que pasaba a la orden del jefe--mi tío. Un almuerzo lleno de los sabores riquísimos de Honduras, El Salvador y México. Sandía, elotes, carne asada y helados con chicos cuyas voces reventaban el silencio había más allá del ruido de las camionetas de carga.

Un día mi tío me puso a trabajar en la cinta transportadora, obligándome a dejar a la gente con quien yo había formado una conexión. Esperaba a Víctor, y las mañanas tempranas y el trabajo duro, de cada día, me proponía un reto para superar. En vez de esquivar hormigas que me mordían las manos, ahora tenía que esquivar arañas que me amenazaban las manos mientras agarraba las uvas malas. Empapado de sudor, comencé a pensar por todo lo que estaba agradecido... las víboras de Víctor y nuestros compañeros, la satisfacción de retarme a mí mismo por sacar más uvas día tras día como si fuera una competición, y la fuerza que me sentían en los

dedos al fin. De algún modo extrañé el calor que hacía en las hileras, y los mugidos del ganado, y todo lo que me construyó desde cero.

“Oye,” grita Víctor desde las hileras. “Vuelve pa’ ensuciarte las manos.” Puede que me hayan criado en silencio, pero florecí allá en el ruido de mis compañeros del calor. Aquellos veranos yo aprendía algo acerca de mí cada día al ponerme los guantes y al pisar en el sol de nuevo y de nuevo.